

Leonor, al cielo y á vos:  
 Leonor. Pues tan confiada estoy,  
 supuesto que es ley forzosa  
 vuestra palabra, de esposa  
 á Tello la mano doy.  
 Marques. Es engaño.  
 Leonor. (Ap. al Marques.) Yo he de ser  
 del Duque, si lo impedís.  
 Duque. ¡Leonor!.....  
 Leonor. (Ap. al Duque.) Si contradécís,  
 al Marques he de escojer.  
 Marques. (Ap.) Tello la goce marido,  
 y no el Duque vencedor.  
 Duque. (Ap. Dársela á Tello es mejor  
 que ser del Marques vencido.)  
 Dale la mano.  
 Tello. Señor.....  
 Leonor. (Ap. á él.) Dala, ó al Marques escojo.  
 Duque. O apérbete á mi enojo,  
 ó á lo que manda Leonor.  
 Leonor. (Ap. á Tello.) Bien con esto se asegura  
 Tu celoso devaneo.  
 Tello. (Ap.) ¡Que á lo mismo que deseo  
 Me obliguen! Todo es ventura.  
 (Dale la mano.)  
 La mano á Leonora doy,  
 Y los piés al duque pido.  
 Duque. Levanta.  
 D. Enriq. Amigo querido,  
 De tu dicha alegre estoy.  
 Tello. Pues á tí la debo, es justo.  
 D. Enriq. Tú pues, Tello, y tú, Leonora,  
 pues sabes que me es deudora  
 de tu vida y de su gusto,

con Belisa habeis de hacer  
 que galardone mi amor.  
 Belisa. A no haber sido traidor,  
 no lo hubieras menester.  
 D. Enriq. ¿Yo traidor?  
 Belisa. (Muéstrale un papel.) ¿Quién escribió  
 este billete?  
 D. Enriq. El Marques  
 á Leonora, y Tristan es,  
 Belisa, quien lo llevó.  
 Belisa. Cuatro noches há, infiel,  
 ¿no la requebraste?  
 D. Enriq. Sí;  
 mas ser el duque fingí,  
 porque me hablaba por él.  
 Belisa. ¿Cómo á verme no has venido,  
 no yendo á los toros hoy?  
 D. Enriq. Porque, pues lo viste, estoy  
 desde aquella noche herido.  
 Belisa. Basta; satisfecha quedo.  
 Leonor. Acaba, Belisa mia.  
 Tello. Has ya del todo éste día  
 venturoso.  
 Belisa. Ya no puedo  
 resistir: la mano doy.  
 D. Enriq. Yo el alma y la mano.  
 Marques. Y yo,  
 Duque, os la doy, pues cesó  
 Ya la ocasion.  
 Duque. Vuestro soy.  
 Y pues serviros procura  
 el autor, noble senado,  
 si hoy no os hubiere agradado,  
 dirá que *Todo es ventura.*

FIN.

## CARACTERES DISTINTIVOS

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE

## D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

Al principiar el segundo tercio del décimoseti-  
 mo siglo, cuando aun vivia Fr. Lope Félix de Ve-  
 ga Carpio, y ya gozaba D. Pedro Calderon de la  
 Barca celebrada, justamente adquirida con algu-  
 na de sus mejores comedias, el teatro español, ad-  
 miracion de la Europa culta, habia llegado á la  
 cumbre de su prosperidad, al período mas brillan-  
 te de gloria. El drama nacional, produccion espon-  
 tánea del suelo, árbol magestuoso, cuyo ramaje ha-  
 bia crecido sin probar casi los filos de la crítica,  
 daba copiosísimos frutos, aunque no siempre bien  
 maduros y saludables. En las desahogadas dimen-  
 siones de la forma dramática establecida por Lo-  
 pé, cabian y entraban de hecho todos los elemen-  
 tos del drama griego y latino, indistintamente mez-  
 clados: lo patético lo mismo que lo ridículo; la su-  
 blimidad de Sófoles y el gracejo plantino, juntos  
 en una accion fingida, como en la vida real se jun-  
 tan á cada paso la grandéza y la pequeñez huma-  
 nas, el placer y el dolor, la risa y el llanto. Bajo  
 el nombre genérico de *comedia*, que significaba  
 entonces *fábula dramática* ó *drama*, lo mis-  
 mo se comprendia una composicion histórica, gra-  
 ve en la mayor parte de sus escenas, como un poe-  
 ma en que todo era inventado y alegre. Título de  
*comedia* llevaban los poemas dialogados cuyos pro-  
 tagonistas eran la reina Ester y los reyes D. Ro-  
 drigo y D. Pedro, lo mismo que *La moza de cán-  
 taro*, *El desden con el desden* y *La villana de Va-  
 llecas*: toda produccion dramática era llamada *co-  
 media* en teniendo tres actos. Aparte, pues, del  
 auto sacramental, que si llevaba esa denominacion  
 sería porque constaba de una jornada sola, habia

en el teatro español dos especies principales de  
 comedia: la de capa y espada, y la historia, tradi-  
 cional ó mítica, sagrada y profana. En ambas es-  
 pecies de drama y sus variedades, el punto de par-  
 tida para el autor era generalmente uno, porque  
 todos consideraban el teatro de la misma manera:  
 le tenian por el verjel de la poesia nacional, no  
 por una cátedra facultativa; por un lugar donde  
 se proporcionaba al público un recreo lícito; y en  
 agradando, la obligacion estaba cumplida. No co-  
 diciaban nuestros antiguos dramáticos el renom-  
 bre de filósofos, de moralistas, de maestros del pue-  
 blo: creyendo que la enseñanza moral era insepa-  
 rable de la religiosa, dejaban que los sacerdotes  
 aleccionasen á los fieles desde el púlpito; y solo to-  
 maban aquel grave carácter en los dramas devo-  
 tos, porque allí la doctrina emanaba directamente  
 del asunto. La comedia moral, aquella que pre-  
 tende inculcar en el ánimo de los espectadores  
 una máxima salubable y útil, ya por medio de la  
 representacion de un carácter principal, ya por la  
 accion combinada de todas las figuras compendi-  
 das en una fábula, raras veces aparecia en la esce-  
 na española, donde se moralizaba por casualidad  
 más que de intento. Nuestro drama era una no-  
 vela cabaleresca; el caballero español adoraba,  
 despues de Dios, en su honor, en su rey y en su  
 dama; y sabido es que las exigencias del honor,  
 las del vasallaje y la galanteria no van siempre  
 conformes á la ley evangélica ni á las de la recta  
 razon y justicia. En ley de justicia, Sancho Ortiz  
 de las Roelas no debia matar á Bustos, por mas  
 que un rey se lo mandara; Sancho Ortiz no era

el verdugo de Sancho el Bravo, en ley de justicia; García del Castañar no debía resolverse á quitar la vida á su inocente esposa, aunque la galantease un hombre que García se figuraba ser el rey D. Alfonso XI; debía defenderla en lugar de matarla. En ley de justicia, aquel Ursino Colona, aquel anciano que introduce Calderon en la comedia titulada *Con quien vengo y vengo*, no debía tomar parte en un desafío que le ponía en el caso de cruzar la espada con su propio hijo; pero Sancho, García del Castañar y Ursino Colona eran caballeros ántes que todo; Sancho y Ursino habian dado una palabra, y les era forzoso cumplirla, aunque el uno no tuviera que sacrificar la mujer que amaba, y se espusiera el otro á recibir la muerte de manos de su hijo ó á dársela. García no estaba ligado con palabra ninguna; pero peligraba su honra; y no pudiendo asegurarla con la muerte del seductor, la queria preservar de la mas leve mancha, inmoldando á la consorté virtuosa en quien no habian hecho mella las seducciones. Celosos creyentes, súbditos entusiastas, caballeros pundonorosos, enamorados, idólatras eran en general todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos éran los que animaban á la sociedad española: la dama era amante con preferencia á todo; sagaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre. Viejos alentados, hermanos tutores, criadas locuaces, y un gracioso, agudísimo por lo comun é impertinente con frecuencia, completaban los personajes que de ordinario aparecian en una fábula escénica, tejido maravilloso de lauces de amor, lleno de astucias y tropelías, de disfraces, escondites y cuchilladas; cuajado todo de madrigales y epigramas, odas y rasgos épicos, y esto lo mismo en las obras de argumento contemporáneo que en las que abrazaban épocas anteriores; lo mismo en las de argumento español que en las de personajes extranjeros. Las edades bíblicas, las fabulosas, las antiguas y la media, todas eran iguales para nuestros poetas cómicos: judíos y griegos, cartagineses y turcos, babilonios é indios occidentales, todos en el teatro eran españoles con ropilla y con ferreruelo, valientes y discretos, enamorados y católicos: el teatro español en el siglo XVII, como los españoles del siglo, era constantemente, si no escuela de la más severa moral, escuela del honor, del ingenio y de la galantería. Tal se ostentaba en las obras de Lope, prodigiosas por su

número, notables por la facilidad de la espresion y la ternura de los afectos; en la de Calderon, el primero en la combinacion de la trama y en la grandeza de los conceptos; en las de Tirso de Molina, sin igual en el donaire malicioso; en las de Moreto, que heredándolos en vida á todos, los superaba en regularidad y grácejo urbano. A estos cuatro ingenios seguian otros muchos que, sin rayar tan alto, han dejado, no obstante, alguna obra que se acreca en mérito á las de aquellos cuatro colosos, alguna que tambien las iguala. Rojas, Mira de Amescua, Montalban, Guillen de Castro, Mendoza y otros ciento enriquecian diariamente la escena española, y á veces con joyas de imponderable estima, de perpetua duracion.

En medio de esta prodigalidad de ingenio, de esta caudalosisima corriente de poesia, ¿no se echaba ménos algo en los teatros de España? Sí: el erudito debía sentir la falta de la tragedia, el filósofo buscaba, y no hallaba sino vez rarísima, la comedia moral. La tragedia, tal como la trazaron los griegos, no era á propósito para un país cuya sociedad no estaba organizada como lo estuvo Grecia, ni habia asimilado su gusto al de aquella nacion por medio del estudio constante de sus escritos; pero la comedia, en que se pinta, no precisamente al caballero ni al hombre de tal siglo ó de tal país, sino en general al hombre, podia ya echarse ménos, podia y debía intentarse en nuestra península en el siglo de los últimos Felipes de Austria. Ya fuese por instinto, ya porque buscando la variedad en los asuntos, se habia de tropezar con asuntos morales, alguna vez habian dado los autores dramáticos anteriores á Lope, y los de su tiempo guiados por él, tal ó cual muestra del drama que corrige las costumbres riendo; pero ninguno de los cuatro escritores de primer orden, ninguno de los muchísimos que seguian su escuela, se habia dedicado con preferencia y ahinco á la comedia moral, reservando para ella los mejores recursos, las galas mas ricas de su entendimiento. Un hombre oscuro, traído de Indias á España (como otros iban de España á las Indias) por el deseo de mejorar su fortuna, emprendió y consiguió lo que por falta de voluntad, intencion ó peculiares disposiciones, no fué dado acabar á Lope, á Tirso, á Calderon de la Barca, ni aun á Moreto, el gran perfeccionador de invenciones ajenas. Este hombre, que preparó de España el advenimiento de Molière, del poeta

cómico por excelencia, fué DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Para deslindar por qué serie de observaciones, por cuáles estudios, por qué conjunto particular de circunstancias, por qué impulsos del corazon fué conducido á la gloriosa, pero difícil tarea de censor del siglo en las tablas, era necesario saber punto por punto la vida de DON JUAN RUIZ DE ALARCON: así comprenderíamos el autor conociendo el hombre; pero por desgracia, poquísimas son las noticias que de él han llegado á nosotros, y hasta que sucesivos y venturosos hallazgos, que hay motivo de esperar, den luz mayor sobre los hechos de este varon insigne, forzoso será buscar su fisonomía moral en sus escritos, y contentarnos con ella. Bien hermosa resulta por cierto, compensando con ventaja los defectos corporales del individuo! Porque lo primero que de ALARCON se sabe, lo que no se puede dudar, pues consta de una porcion de escritos de índole nada caritativa, es que el infeliz ALARCON era pequeño, feo, y ebrecovado por la espalda y el pecho; el año de su nacimiento se ignora; su patria fué Taseo, en la Nueva España. Trasladado á Sevilla, luego á Madrid, y alargándose mucho el término de las pretensiones que traia, le obligó á escribir ese ordinario móvil de los ingenios desvalidos, aquello que Baltazar Gracian calificó de *sexto sentido del hombre*, la necesidad: el año 1621 ya le habian representado ocho comedias á lo ménos, entre ellas la famosa de *Las paredes oyen*, una de las mejores suyas, una de las mejores que se han escrito. En 1628 era relator del consejo de Indias, y en el desempeño de aquella plaza continuó hasta el año 1639, en que falleció á 4 de Agosto, siendo feligrés de la parroquia de San Sebastian, como lo fueron Cervantes y Lope, y teniendo su morada no léjos de la iglesia, en la sombría calle de las Urosas. Su familia era ilustre, su educacion debió ser esmerada; su carácter, si correspondia en efecto al que principalmente domina en sus obras, noble debió ser y benigno, veraz, pundonoroso y firme; exquisito su gusto, su experiencia de mundo, grande. La coleccion de sus comedias forma un tratado de filosofia práctica, donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo, y adquirir el amor y la consideracion de las gentes: allí se muestra lo que debe hacerse y evitarse para ser hombre de bien y de sabiduria. ALARCON

sale al encuentro al inexperto viandante de la vida, y para que el espectáculo del mérito pospuesto y la medianía ensalzada no le sorprenda y le llene el corazon de miserabte envidia, le presenta sin hiel y con verdad un cuadro de las raras combinaciones de la suerte, en la comedia titulada *Todo es ventura*. Para que no desmayen las ambiciones legítimas, los deseos justos de mejorar de destino, hace ver en seguida al jóven emprendedor en *La industria y la suerte*, que tal vez aquella vence á ésta y neutraliza su influjo. Ya el hombre, gracias á su actividad bien dirigida, goza el bien que anhelaba; preciso es advertirle ahora que la prosperidad humana es de poca dura, y que el paso continuo del bien al mal es acá en la tierra ley invariable de todos tiempos: tal es la lección que ofrece el argumento de *Los favores del mundo*. Pero esta ley puede parecer dura y cruel á nuestra comprension limitada; conviene pues dar la sabia razon de esas inevitables alternativas, que es lo que hace ó pretende ALARCON en la amenísima fábula de *No hay mal que por bien no venga*. Sin embargo, el deseo del bien es connatural al hombre: ¿qué medios tiene de asegurar ese bien, ó de recobrarle una vez perdido? El ejercicio de las grandes virtudes, cuyo modelo vivo descuellan en el protagonista de *Ganar amigos*, en el de *Los pechos privilegiados*, en *El dueño de las estrellas*, y en aquellos dos rivales tan generosos de *Antes que te cases mira lo que haces*. ¿Qué vicios hacen odioso al hombre en la sociedad, le frustran sus mas vehementes deseos, y le atraen tal vez su ruina? El apetito ciego, el interés personal, que desatiende los compromisos del honor; la ingratitude, la detraccion, la mentira: temas desenvueltos en *Mudarse por mejorarse*, *Las paredes oyen*, *La prueba de las promesas*, *El desdichado en fingir*, *Los empeños de un engaño*, *La verdad sospechosa*. Para completar el sistema doctrinal de ALARCON, las amargas y dolorosísimas consecuencias generales del vicio están consignadas en otras dos comedias. *La culpa busca la pena*, y *Quien mal anda en mal acaba*. El resto de las composiciones de ALARCON hoy conocidas, que no pasa de diez, pertenece á la escuela de Lope: las hay de enredo, las hay heróicas, de espectáculo y de magia; pero en todas ellas alguna idea útil brota, y si se oculta, vuelve á salir cual manantial intermitente; las máximas sanas abundan, y al cabo ningún escritor dramático

nuestro compuso, como él, mas de la mitad de sus obras con fin instructivo; ninguno se dedicó de propósito, como él, á este género de poesía fructífera, madura; ninguno dejó, como él, modelos de la comedia de carácter, modelos imitados despues por extranjeros y nacionales, y nunca escedidos. Así, pues, el primero y mas notable rasgo que distingue á DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA como poeta cómico, es la moralidad, la filosofía.

Moralista entre hombres de imaginacion, claró es que esta circunstancia habia de dar á sus obras un realzado sello de originalidad. Por eso el doctor Juan Perez de Montalban, en el libro que tituló *Para todos*, escribió, mencionando las comedias de ALARCON, estas palabras: "Las dispone con tal novedad, ingenio y *extrañeza*, que no hay comedia suya que no tenga mucho que admirar y nada que reprender; que despues de haberse escrito tantas, es gran muestras de su caudal fertilísimo." La novedad que Montalban admiraba en las comedias de ALARCON, novedad que llegaba para él hasta la *extrañeza*, no podía consistir en la trama ni en los lances, porque en esto cada autor se esforzaba á ser nuevo; tenia que nacer principalmente de que ALARCON pintaba caracteres morales entre poetas que solo reproducian caracteres caballescicos; tenia que nacer de que ALARCON aspiraba á corregir entre poetas que solo se proponian deleitar.

De la novedad, de la diferencia del fin, habia de resultar con precision diferencia, y por consiguiente novedad, en la inventiva ó eleccion de los argumentos, y en la manera de ordenarlos. A disposicion de todos los autores cómicos se hallaba *El conde Lucanor*, la célebre conseja del Mago de Toledo; y sin embargo nadie sino ALARCON pudo introducirla atinadamente en las tablas, porque á todos pareció sin duda mas doctrinal que caballescica, y no eran de moda en aquel tiempo los dramas doctrinales. A disposicion de todos estaba el rasgo admirable de Garcí-Ruiz de Alarcon que en el punto de ir á matar á un enemigo suyo, detubo el golpe al oír á su víctima encomendarse á la Virgen; pero solo su descendiente, JUAN RUIZ el corcovado, era capaz de fundar en aquella accion de piedad cristiana el filosófico pensamiento que se desenvuelve en *Los favores del mundo*. Escritores modernos han asegurado que la comedia de Lope de Vega titulada: *El premio*

de bien hablar, sugirió á D. JUAN DE ALARCON la idea para *Las paredes oyen*: lo cierto es que la comedia de Lope de Vega es puramente de enredo, y la de ALARCON de carácter; pero es ademas igualmente cierto que la de ALARCON ya estaba escrita y coleccionada por los años de 1621, al paso que la de Lope, cuya coleccion principió en 1604, no aparece incluida allí hasta el tomo XXI dado á luz en 1635, el año mismo de la muerte de Lope; las probabilidades de originalidad están á favor de ALARCON. El introdujo otra grande novedad para su época, modificando el personaje del criado cómico gracioso, quitándole el carácter filosófico-bufon con que de ordinario se le representaba, y reduciéndole á ser un sirviente de confianza. Como en las obras de ALARCON entraba la filosofía por base, no habia necesidad de ponerla en boca de un personaje inferior; como el gusto de ALARCON era mas escrupuloso que el de sus compañeros de arte, le repugnaba una figura que ofendia repetidas veces la ley del buen gusto; como ALARCON, en fin, buscaba la verdad en sus obras, y el gracioso, tal como solia introducirse, no era personaje verdadero, sino convencional, queriale nuestro autor en las tablas como venia á ser en el mundo. Esto lo habia conocido ya y dicho varios dramaturgos; ALARCON lo dijo y lo puso en práctica. La brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar á veces los actos, acaban de diferenciar completamente las obras de ALARCON de las de todos nuestros dramáticos contemporáneos suyos.

Ahora bien: aunque es loable empeño en un poeta cómico pretender enmendar las costumbres; aunque es preciosa prenda la originalidad en el poeta cómico; no obstante, ni la una ni la otra cualidad, ni ambas juntas, forman cabal un autor dramático bueno. Por la simple enumeracion de los asuntos en que se ocupó D. JUAN ALARCON, se ha visto que era filósofo; falta saber si sus obras, inspiradas por la filosofía, cumplian con las condiciones del arte; si morales en su fin y originales en sus medios, contenian caracteres bien ideados y desenvueltos; si estaban diestramente trazadas y bien escritas; si caminaban á su fin con oportunos medios, con movimiento é interes hábilmente graduados; si son, en fin, buenas comedias. Justo es confesar desde luego que el título de alguna promete mas de lo que la obra cumple, como sucede

en *La culpa busca la pena* y en *No hay mal que por bien no venga*; en otras el pensamiento filosófico se desarroya en una fábula sobradamente novelesca y recargada de incidentes, en medio de los cuales desaparece aquel pensamiento, como sucede en la de *Ganar amigos*, que sin embargo es bellísima. De cualquier modo que sea, tiene ALARCON dos comedias de carácter, que son: *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*; tiene otras cuatro de pensamiento filosófico mas ó ménos grave, que son: *Los favores del mundo*, *La prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse*, y *Todo es ventura*; seis producciones que, tomando en cuenta la época en que fueron escritas, y aun sin tomarla con respecto á las dos primeras, colocan á D. JUAN RUIZ DE ALARCON en tan elevado puesto como el que ocupa el mayor ingenio cómico. Las lecciones morales que se propuso Molière en *El misántropo*, en *El avaro* y en *El hipócrita*, no las dió con tan acertado tino como el que tuvo ALARCON en su *Maldiciente* y su *Mentiroso*. El murmurador D. Mendo y el embustero D. García se hacen odiosos, ridículos é infelices por efecto del vicio á que se abandonan; el misántropo de Molière, no puede ser odioso ni aun ridículo, porque siendo hombre de virtud y valor, queda siempre bien puesto en el concepto de los espectadores, y la mayor dicha que pueda acontecerle es que le desaire una mujer voluble. El avaro no recibe por su avaricia mas castigo que un susto, de que sale bien pronto. El Hipócrita, conocida ya su hipocrecia de todos, arrostra con descaro las miradas de sus víctimas y se pierde el fruto de sus viles artimañas, no es por haber sido hipócrita durante algun tiempo, sino por haber sido ántes un malvado famoso, cuyos crímenes habian llegado á noticia del rey de Francia. Ademas, avarientos, misántropos y embelecadores tan exagerados como los de Molière, pocas veces por fortuna se ven; maldicientes y mentirosos como los de Alarcon los ha habido y habrá mientras no mude su sér en otro la flaca naturaleza del hombre: son pues mas verdaderos los tipos del poeta español, y es mas aplicable, y por ello mas útil, la censura del vicio.

Esto en cuanto á los caracteres; en cuanto á la manera de manejarlos, en cuanto al mérito artístico del cuadro respectivo en que figuran, creo que bastará referir la opinion que de algunas han formado jueces irrecusables, Corneille, que tradujo en parte, y en parte imitó, *La verdad*

*sospechosa*, solia decir que daria dos de sus mejores composiciones por haber inventado el original, que era lo que mas le agradaba de cuanto habia leído en nuestro idioma. Molière confesaba que *La verdad sospechosa*, imitada por Corneille, era la obra donde habia conocido la verdadera comedia. Voltaire principia el prólogo que puso al *Menteur* de Corneille diciendo que los franceses nos deben la primera comedia, lo mismo que la primera tragedia, que ilustró á la Francia. Monsieur de Puibusque llama inapreciable tesoro á lo que halló Corneille en la obra de nuestro americano. El señor Adolfo Federico de Schack, á quien debe Alemania dos volúmenes de piezas del teatro español traducidas, y despues una apreciable historia de nuestra literatura dramática, sostiene, despues de hacer grandes elogios de ALARCON, que no tiene comedia que no se distinga con ventaja. El autor de *Edipo*, el de la oda á la beneficencia, el Curioso Parlante y el cantor de Guzman el Bueno han dicho de ALARCON lo que verá el lector á continuacion de este discurso, y me exíme de entrar ahora en pormenores prolijos. Los caracteres ya citados del maldiciente y el mentiroso, el del cortesano y benévolo D. Juan de Mendoza, en quien tal vez se retrató ALARCON á sí propio, con su nombre, apellido y fealdad; la D<sup>a</sup> Inés en *El exámen de maridos*; el Tejedor de Segovia; los protagonistas de *Ganar amigos*, *Los favores del mundo* y *El dueño de las estrellas*; algunas de sus damas, como la Leonor de *Mudarse por mejorarse*; alguna criada, como la Celia de *Las paredes oyen*; muchos criados, como el Tello de *Todo es ventura*, que es realmente el héroe; aquel D. Domingo de D. Blas, por cuyo bienhechor egoismo se podria dar toda la virtud humanitaria de muchos: estos y otros personajes de ALARCON tienen en sus comedias fisonomía propia, varia y bella; ni se aparécen entre sí, ni pueden equivocarse con figuras creadas por otros autores. Feliz en la pintura de los caracteres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caracteres heroicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sobrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en la ternura respecto á los papeles de mujer, á Moreto en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandéza y en habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin escepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el

tino para manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificación, en la corrección del lenguaje.

Principiaba ya este á viciarse cuando escribía nuestro ALARCON: algo le tocó del contagio, como era inevitable componiendo para el teatro, donde, si se ha de agradar, forzoso es acomodarse en cierto modo á los usos ó abusos corrientes; pero era sobrado firme ALARCON, era su juicio muy sólido para sacrificar del todo su fé literaria al mal gusto que iba cundiendo. Quien tenía valor para estampar en el prólogo de la primera parte de su *Teatro*, dirigiéndose al vulgo: "Allá van esas comedias.....si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas;" no podía correr la suerte de Jáuregui, tan puro en su traducción de *Aminta* y tan gongorino despues en su *Orfeo*. Dijérase que ALARCON, diariamente alimentado con la sana y sabrosa lectura de nuestros poetas del siglo XVI, no acertaba por fortuna suya, sino rara vez, á remedar la vana afectación de los cultos: ¡ojalá que nada se le hubiese pegado! En *La prueba de las promesas* se leen estas hermosas liras de un galán desdeñado:

Hermoso dueño mio,  
Por quien sin fruto lloro,  
Pues cuanto mas te adoro,  
Tanto mas desconfío  
De vencer la esquivanza  
Que intenta competir con tu belleza,  
La natural costumbre  
En tí miro trocada:  
Lo que á todas agrada  
Te causa pesadumbre,  
El ruego te embravece,  
Amor te hiela, llanto te endurece.  
Belleza te compone  
Divina, no lo ignoro,  
Pues por deidad te adoro;  
Mas ¿qué razon dispone  
Que perfecciones tales  
Rompan los estatutos naturales?  
Si á tu belleza he sido  
Tan tierno enamorado,  
Si estimo despreciado  
Y quiero aborrecido,  
¿Qué ley sufre ó qué fuero  
Que me aborrescas tú porque te quiero?

En estos versos, á lo menos en las primeras estrofas, no puede negarse que la primera dición

se avecina mas á la sencillez de Garcilaso que á la altisonancia de Calderon. De esta sencillez, de esta claridad y limpieza proviene que despues de dos siglos conserve el estilo de ALARCON la frescura de las obras de ayer y de los buenos escritos de hoy: pasó él dos siglos há; su habla vive. Citaré algunos trozos, en que, juntamente con la belleza de la espresion, podrá admirarse la nobleza, profundidad, galantería ó chiste del concepto.

En la comedia titulada "Los favores del mundo," en que Garci-Ruiz de Alarcon, teniendo en el suelo á su enemigo, se pára al tiempo de herirle, porque le oye exclamar: "¡Válgame la Virgen!" encarece el príncipe de Asturias D. Enrique, hijo de D. Juan II, en estos términos la magnanimidad de García:

Vuestra dicha es tan estraña,  
que quisiera, vive Dios,  
mas haber hecho la hazaña  
que hoy, García, hicistes vos,  
que ser príncipe de España;  
que en los pechos valerosos,  
bastantes por sí á emprender  
los casos dificultosos,  
el alcanzar y vencer  
consiste en ser venturosos;  
mas en que un hombre perdona,  
viéndose ya vencedor,  
á quien le quitó el honor,  
nada la fortuna pone;  
todo se debe al valor.  
Dar la muerte al enemigo,  
de temello es argumento;  
despreciallo es mas castigo,  
pues que vive á ser testigo  
contra sí del vencimiento.  
La victoria el matador  
abrevia, y el que ha sabido  
perdonar, la hace mayor,  
pues mientras vive el vencido,  
venciendo está el vencedor.

En "Mudarse por mejorarse," pieza cuyo argumento envidiaría Scribe, se hallan los dos cortos pasajes que voy á transcribir, advirtiendo ántes que la acción de la comedia consiste en que un D. García, tratado de casar con cierta Doña Clara, se enamora de Leonor, sobrina de la novia.

LEONOR. ¿Por ventura, D. García,  
es uso en Madrid corriente

enamorar juntamente  
á la sobrina y la tia?

D. GARCÍA. Al ménos si tan divina  
sobrina viene al lugar  
como vos, uso es dejar  
la tia por la sobrina.

LEONOR. Mal uso.

D. GARCÍA. No ha de llamarse  
malo, si es tal la ocasion.

LEONOR. ¿Cómo puede ser razon  
mudarse?

D. GARCÍA. Por mejorarse.

LEONOR. Pues la ley de la firmeza  
¿á qué obliga ó cuándo alcanza,  
si hace justa la mudanza  
el mejorar la belleza?

Que ser firme no es querer  
firme el mas hermoso amor;

que para amar lo mejor,  
¿qué firmeza es menester?

Firme es quien hace desprecio  
de otra ocasion mas dichosa.

D. GARCÍA. Confieso, Leonor hermosa,  
que ese es firme, pero es necio.

LEONOR. ¿Luego en quien fuere discreto  
no hay que poner confianza,  
pues disculpa la mudanza  
el mejorar el sugeto?

D. GARCÍA. Claro está.

LEONOR. Pues siendo así,  
y que os tengo, D. García,  
por cuerdo, y dejais mi tia  
por mejoraros en mí,  
perdoneme vuestro amor;  
que á resistir me prevengo,  
hasta que sepa si tengo  
otra sobrina mejor.

La discreta Leonor, comprometida por los enredos de García, se ve precisada á admitir fingidamente los obsequios de un marques galán y rico, de quien al fin se enamora de veras. García se resuelve á sacarla de su casa en una silla de manos, lo que da lugar al siguiente diálogo entre los dos y la criada Mencía.

D. GARCÍA. El plazo veis limitado,  
y veis la ocasion forzosa:  
cumplidme, Leonor hermosa,  
la palabra que habeis dado.  
Dadme la mano, y entrad  
en esa silla, señora.—

¿Agora dudais? Agora  
Os deteneis?

LEONOR. Perdonad;  
que ya perdió de alcanzarme  
la ocasion vuestro cuidado.

D. GARCÍA. ¿Cómo, cruel, te has mudado  
tan presto?

LEONOR. Por mejorarme.

MENCIA (Ap.) Dióle con su misma flor.

D. GARCÍA. ¿No bastara desdeñarme,  
ingrata, sin agraviarme,  
haciendo al marques mejor?

LEONOR. ¿Negaréis la mejoría;  
aunque en sangre sois igual,  
de poco á mucho caudal,  
de merced á señoría?

D. GARCÍA. No la niego; mas ¿qué efeto  
á tu promesa le has dado,  
tirana, si la has mudado  
en mejorando el sugeto?

¿Qué palabra me guardabas,  
ó qué firmeza tenias,  
si á mí solo me querias  
mientras no te mejorabas?

Firme es sola quien desprecia  
la ocasion de mejoría.

LEONOR. Yo os confieso, D. García,  
que esa es firme, pero es necia.

Bajando algo mas la entonacion, es notable la  
apología, que un criado hace de las mujeres en

"Todo es ventura."

¿Qué es lo que mas condenamos  
en las mujeres? ¿El ser  
de inconstante parecer?

Nosotros las enseñamos.  
—¿Tener al dinero amor?

Es cosa de muy buen gusto,  
ó tire una piedra el justo  
que no incurre en este error.

—¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer  
si ningun hombre á porfía,  
y todos al cuarto dia  
se cansan de pretender?

—¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos  
si todos somos extremos?

difícil lo aborrecemos,  
y fácil no lo estimamos.

Pues si los varones son  
maestros de las mujeres,  
y sin ellas los placeres

carecen de perfeccion,  
¡mala pascua tenga quien  
de tan hermoso animal  
dice mal ni le hace mal,  
y quien no dijere: Amén!

El acto segundo de "La amistad castigada" concluye con esta delicadísima escena entre dama y galán, Aurora y Filipino, que llegan á declararse su inclinacion mútua.

Aurora. (Ap.) ¡Oh si tan dichosa fuera,  
que no me hubiera mentido  
el pensamiento primero!  
¡Cuán gustosa le escuchara,  
si amante me deseara,  
y no me hablara tercero!

(Llégase Filipino á Aurora.)

Filipo. Aunque recelar debía,  
bella Aurora, escarmentado  
de vuestro rigor pasado,  
qué os enoje mi porfía,  
no os admireis de que sea  
importuno mensajero,  
donde, pues os ve el tercero,  
más que el amante granjea;  
si bien puedo colegir  
mudanza en vuestra crueldad;  
que es indicio de piedad  
haberme querido oír.

Segunda vez me ha mandado

el Rey, señora, que os diga

del fuego que le fatiga  
el solícito cuidado,

y que le deis para hablaros

licencia; que no es menor

de enojaros el temor

que la gloria de miraros.

Y que advirtais que no hay cosa,

si no mudais parecer,

imposible á su poder,

ó á su amor dificultosa.

Perdonadme, si os parecea

que en decirlo os ofendo;

que quien yerra obedeciendo,

errando no desmerece.

Aurora. Filipino, no sé que os diga.

Filipo. Yo sí sé que me digais;

que ya del Rey, pues dudais,

estais ménos enemiga.

No me direis declarada,

más que me decís dudosa.

pues es respuesta piadosa  
no responder enojada.

Aurora. Ni es injuria ser querida;

ni permite la razón

no pagar la obligacion,

si no amante, agradecida.

Ser amada es natural

lisonja, y nunca se ve

que á nadie, aunque mal le esté,

sepa la lisonja mal.

Y así, aunque al lance primero

respondí con pecho airado,

no os espante que haya obrado

el cuidado lisonjero

mudanza en mí, conociendo

que no es ofender amar,

y que no es justo pagar

á quien ama, aborreciendo.

Filipo. (Ap.) ¡Ay de mí! Perdido soy.

Aurora. Mas ¿por qué busco razones,

Filipo, y satisfacciones

tan dilatadas os doy,

y me disculpo al hacer

lo que venis á rogar?

Disculpas pide el negar,

no las pide el conceder.

Al Rey le decid....

Filipo. (Ap.) ¡Ay cielos!

Aurora. Que le pago.

Filipo. ¿Qué decís?

Aurora. Parece que lo sentís.

Filipo. (Ap. No saben callar los celos.)

No, señora. (Ap. Muerto soy.)

Antes el gusto de ver

el que el Rey ha de tener

si tales nuevas le doy,

causa el efecto que veis.

Aurora. (Ap. ¿De gusto mudais color?

No: yo os haré que al rigor

del tormento confeseis.)

Pues porque le deis cumplido

el contento, y le tengais

(pues lo que el suyo estimais

tanto habeis encarecido.)

decidle, no solamente

que le estoy agradecida,

pero tan ciega y rendida

al ameroso accidente,

que esta noche ha de lograr

la licencia.

Filipo. ¿Qué decís?

Aurora. Pareca que lo sentís.

Filipo. (Ap.) No puedo disimular.

Partiréme sin hablalla;

que tan en los labios siento

la furia de mi tormento,

que no podré refrenalla

si los abro, y aun sospecho,

segun el mal me atormenta,

que por los ojos revienta

el incendio de mi pecho. (Quiere irse.)

Aurora. ¡Sin hablar os despedís!

¿Qué es esto? Volved, mirad,

Filipo, que no es verdad

lo que he dicho.

Filipo. ¿Qué decís?

Aurora. Que nada al Rey le digais

de lo que me habeis oido;

que fué fingido.

Filipo. ¿Fingido?

Aurora. Parece que os alegráis.

Filipo. Parece que no os ofende

el ver que me alegre yo.

Aurora. A ninguno le pesó

de alcanzar lo que pretende.

Filipo. Pues ¿qué intento conseguistes,

bella Aurora, en este efeto?

Aurora. Ver declarado un secreto

que encubrirme pretendistes.

Filipo. ¿Qué secreto os he negado,

cuando serviros me toca?

Aurora. El que, á pesar de la boca,

los ojos han confesado.

Filipo. Pues ¿qué visteis en mis ojos,

que á mis labios contradiga?

Aurora. Pena de que el Rey consiga

remedio de sus enojos.

Filipo. Pues, Aurora, con razón

puedo sentir, siendo así,

que valga ménos aquí

la verdad que la ficcion.

Porque si pudo contigo

mas crédito conseguir

lo que te nuestro al sentir

que lo que al hablar te digo,

notorio agravio me has hecho

en responder falsamente

á lo que la boca miente,

y no á lo que siente el pecho.

Aurora. ¿Luego es cierto lo que yo

de tu aspecto colegí?

Filipo. ¿Quieres que diga que sí?

Aurora. ¿Y podrás decir que no?

Filipo. Diré lo que tú gustares.

Aurora. ¿Es bien que yo, aunque te amara,  
primero me declarara?

Filipo. ¿Digo yo que te declares?

¿O pudo mi desvarío

prometerse por ventura

que ocultase tu hermosura

pensamiento en favor mio?

Aurora. ¿Tan poco fias de tí,

teniendo tanto valor?

Filipo. Luego ¿estimarás mi amor?

Aurora. ¿Quieres que diga que sí?

Filipo. Si nadie te mereció,

¿quién será tan atrevido?

Aurora. Quien tan venturoso ha sido,

que se lo pregunto yo.

Filipo. Segun eso, Aurora, hablar

podemos cláfo los dos.

Yo te adoro.

Aurora. ¿Gloria á Dios,

que llegamos al lugar!

Filipo. Desde el punto que te ví

te sujeté el albedrío:

este delito no es mio,

si es delito, tuyo sí;

que si con poder violento

me abrasó tu rostro hermoso;

el rendimiento forzoso

no fué libre atrevimiento.

Esto digo solo, Aurora,

por disculpar el error

de haberte tenido amor

sabiendo que el Rey te adora.

Que á no sér tal la ocasion,

en tus méritos se vé

que, como por fuerza amé,

amara por eleccion.

Mas no pienses que encubrí

hasta agora el amor mio

por temor del Rey, tu tío;

por respeto tuyo sí;

que fuera, Aurora querida,

no tenelló ó no estimallo,

si á precio de confesallo

no despreciara la vida.

Solo temer tus enojos

mis labios tuvo oprimidos,

porque aun juzgaba atrevidos